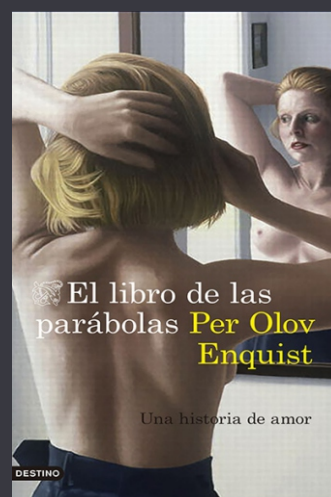




Visita al territorio de Per Olov Enquist



La parábola de la mujer en el suelo de pino sin nudos

Ella, la ineludible, se acercaba.

Tenía una noción, aunque borrosa, de ese espacio más íntimo en el que se hallaba la mujer, la primera. Le recordaba a su visión del segundo advenimiento de Jesucristo, aunque no como una pesadilla; esa en la que el Salvador se llevaría a la mitad de la muchedumbre al cielo, pero dejaría al resto viviendo en pecado hasta el día del juicio final.

De alguna manera en perfección secreta; pues allí se hallaba la mujer. Así lo concebía.

Ese espacio más íntimo, el prohibido acceso a lo fantástico, se había acercado furtivamente, para luego crecer desbordando todos los límites, como las fantasías sobre la señora de la oficina de Correos en Brattby. Ese espacio íntimo era el refugio secreto de los pecadores, a modo de trinchera en el bosque, aunque de un color rojo cálido. Las imágenes de lo secreto se enmarañaban, y quizá debía ser así. El espacio íntimo también palpitaba, y tenía una puerta, y quizá la puerta se abriría de par en par, y entonces...

Hace mucho tiempo. Confunde las cosas. ¿Se acuerda realmente de cómo empezó?

Además, había prometido no hablar nunca de aquello.

De repente lagunas en su cabeza, como si algo estuviese a punto de suceder, el pecado ya no lo lastraba con ese saco de patatas a

su espalda, ¡era libre!

Se parecía a viajar atravesando las nubes, y de pronto se abría una grieta, veía formaciones que no reconocía, después volvía a entrar en otra nube. ¿Igual que aquella vez cuando estaba a bordo de ese Cessna, tras haber despegado en Roskilde, y el avión de repente empezó a perder altura, brusca e incontroladamente, para acabar rectificando el rumbo a unos veinte metros de tierra y, mientras caían, sintió una inmensa euforia por hallarse tan cerca de la muerte?, ¡esa risa de felicidad! (su amigo el piloto se había girado para mirarlo con gesto de rabia o de marcada desconfianza); y luego nuevas formaciones, aberturas.

¿Era eso lo que se entendía por la examinación revisada y corregida?

Uno era libre, la cabeza vacía, como arrasada por un incendio en la pradera, y todo tornaba, aunque solo casi idéntico, merecedor de ser examinado de nuevo, ¿cual un antiguo amor que regresa convertido en un completo extraño? Apoplético, sonriendo, todo borrado.

¿Fue amor?, ¿lo fue?, ¿lo tuvimos?, ¿me reconoces?, como un apretón de manos amistoso e inquisitivo, ¿sí?

Casi se le había olvidado cómo fue pasar la época más difícil. Se había despertado a las 5.45 en Copenhague en mayo de 1989, el sueño, pesado y etílico, se resistía a soltarlo, se pasó el dedo por la hinchada piel de su rostro: aparentemente seguía vivo.

Había vuelto a sentir el aliento jadeante de Dios en el cogote.

Se levantó. Fuera, sobre el lago Sortedam, flotaba todavía una extraña niebla; la oscuridad iba remitiendo, pero persistía una especie de capa gris suspendida en el aire, planeando a unos cinco metros de la superficie del agua absolutamente limpia y tranquila, como el mercurio. Los pájaros dormían, refugiados en sí mismos y en sus sueños. ¿Podían los pájaros soñar? No lograba divisar la

otra orilla. Solo una inmóvil superficie acuosa, como si se encontrara a orillas de un mar.

Una última frontera. ¿En la orilla del río? No se lo merecía. Había desperdiciado su talento. Y los pájaros, refugiados en sus sueños.

De repente un movimiento; un pájaro que levantaba el vuelo. No oía nada, solo veía cómo batía las puntas de las alas contra la superficie del agua, se liberaba: despegaba y ascendía en diagonal. Ocurría de manera tan leve, tan ingrávida... Veía cómo despegaba y alzaba el vuelo hacia el techo gris de la bruma matinal y desaparecía.

Y no había oído ni un solo ruido.

Justo así, igual de leve e ingrávida, podría haber sido la muerte del Padre, cuando abandonó a la que vigilaba. Entrando en silencio en la niebla de un gris gélido. Completamente quieto. Sin tristeza por todo lo que había podido hacer. Quizá escribir. Ahora solo unas hojas arrancadas de un cuaderno. Y él, por su parte, allí estaba tumbado en mayo de 1989, en el seno de la oscuridad más profunda, a la espera de su turno en el campo de Dios, escuchando apagarse poco a poco el ruido del aliento de Dios en la nuca.

Hecho un ovillo bajo la piel de oveja de su abuela.

Logró recordar, durante algún que otro minuto, mientras salía del sueño etílico, algo relacionado con la piel de oveja de su abuela. ¿Fue justo antes de la mujer de la granja de los Larsson? Y acto seguido el sueño se esfumaba, y solo quedaba el habitual terror ante la parábola del talento desperdiciado para siempre.

¿Qué había existido antes? Debía de haber vivido una vida anterior. ¡Eso es lo normal, se supone, lo de tener una vida anterior! ¿Al menos en algún momento debía de haber tenido seis años y *haber recorrido descalzo los prados?*

¿Zumbido de abejorros? ¿Libélulas? ¿Un zorro cruzado? ¿que cuenta la última parábola? Y él se había sentado en las rodillas del abuelo P. W. y a sus espaldas el padre Elof, muerto pero aun así *junto a ellos y presente*. Envolviéndolos con los brazos como si

fueran las alas de un ángel, y dentro del cercado que había detrás del retrete estaba el zorro sentado, sonriente y tranquilo.

Y entonces, a petición general, el zorro cruzado tomó la palabra y contó la parábola de la mujer en el suelo de pino sin nudos.

Había un camino peatonal entre la casa y el lago Sortedam, en Copenhague, un sendero de arena.

Había examinado los granos de arena, en ese sendero, desde la ventana, todos los días durante diez años.

La ventana constituía el punto desde el que, año tras año, había contemplado el relato sobre la muerte y el deseo. ¡Pero ya no contaba los granos de arena con la misma alegría! ¡Es que eso era la representación de la eternidad! ¡y el infierno! ¡contar los granos de arena! Además, el sendero de arena se veía siempre igual, una semana tras otra. Y un siglo tras otro. Por él había paseado Kierkegaard todos los días el año 1848, desde que *lo invadió el terror ante el amor* y dejó a su novia Regine.

Kierkegaard no supo sobreponerse lo suficiente, sino que la fiebre ante el amor lo atrapó. ¡Si solo hubiera podido confirmarse en la iglesia de Bureå! ¡Y aprender la contrición!

Regine fue la primera y última mujer de su vida. Le aterraba aquello tan difícil de digerir del *Amor*: ¡no ser nunca capaz de entenderlo!, ¡que fuera algo tan radical!, ¡que quizá incluso el amor llegara a apresarlo! La palabra Amor era algo tan *irrefutable*... Y decidió volverse *raro y repulsivo* hasta el punto de convertirse en alguien insoportable. ¡No lavarse jamás! ¡Oler mal! y llevar ropa andrajosa, ¿quizá estar siempre borracho? Era una escapatoria, *¡una escapatoria!*

Transformarse en un monstruo. Para que Regine quedara felizmente liberada del peculiar amor que sentía por él. Y alabase al Salvador Jesucristo por haberse podido quitar de encima al tal Søren Kierkegaard.

Así, cuando la dejara, él se libraría del sentimiento de culpa.

Seguramente era la culpa lo que era lo irrefutable. ¿Y si él se transformara en un pseudónimo de carácter monstruoso, no se volvería la culpa soportable entonces?

Pero no sucedió así, no.

Allí delante, en Sortedam Dossering, 25, hacía ciento cincuenta años, Søren Kierkegaard tiraba a duras penas tras la ruptura con Regine, avanzaba trastabillando y con piernas temblorosas.

Regine sabía por dónde acostumbraba a pasear. Y salía a su encuentro. Y se cruzaron, cuarenta y siete veces en dieciocho meses, anotó Kierkegaard. Y en cada ocasión, Regine giraba levemente la cabeza hacia él, y él hacia ella, y luego le mostraba una pequeña sonrisa; y él ya sabía que estaba casada, y que no debería encontrarse con su antiguo novio que la había traicionado, ¡con tanta crueldad! ¡todo Copenhague estaba al tanto! Y que nunca podrían intercambiar ni una sola palabra. Pero ¿acaso ella no lo había marcado como se marca a un animal con hierro candente? *¡Eso fue lo que le pasó a Søren Kierkegaard con la primera mujer!*

¡Regine! ¡Hierro candente!

Andaban despacio, por el sendero de arena, y sus caminos se cruzaban, y luego el rápido giro de cabeza, y quizá una sonrisa, y los dos sabían que eso era lo prohibido. Resultaba enormemente excitante. Suponía rozar la frontera de aquella zona en la que la culpa y el deseo se entrelazaban. Después se alejaban el uno del otro, y Regine sentía persistir en su bajo vientre esa excitación prohibida, consciente de que lo había marcado con fuego. Y regresaba a casa, al marido que no sospechaba nada, y el calor palpitante permanecía *entre sus castas piernas*, y Søren sabía que era así, y que ella sabía que él lo sabía, y él escribiría sobre eso, ¡aunque de forma oculta, de forma oculta!

El coito perfecto, el olor a carne quemada. Y cada día anotaba y repetía sus palabras, atrapado él también por el atrapamoscas de la imaginación, siempre lo mismo, nunca lograba avanzar. El

atrapamoscas estaba lleno de los gritos y susurros de las palabras moribundas. Cada palabra poseía dos alas, las dos impotentes; las palabras morían pegadas la una a la otra, así eran las palabras de amor, moscas moribundas pegadas unas a otras, y llegó el otoño y el invierno y al final el rebosante atrapamoscas colgaba quieto, ya no se oían los silbantes gritos de socorro; él había quedado atrapado en su silencio y en el de las moscas. El amor de Regine, mudo, al igual que el de Søren.

Se sobrepone. Un día Regine ha de detenerse ante él y decirle:

—Pero debes prometerme una cosa. No contarle nunca esto a nadie. A nadie, nunca jamás.

Y él respondería:

—Lo prometo.

—¿Seguro? —Diría ella entonces.

—Seguro.

Pero quizá escribirlo un día. Lo prohibido era, en cierto sentido, lo único que debía escribirse. Las moscas pegadas vuelven sus agonizantes ojos hacia él, y susurran: ¿era eso el amor? ¿Nunca vamos a poder desprendernos de él?

Se habían reunido en el jardín delante de la granja de los Larsson, al sol, el mes de mayo de 2011. Los primos y los hijos de los primos y él y su hijo Mats. Ellos dos habían llegado en el avión de las nueve.

Una extraña sensación de inocencia flotaba en el ambiente.

Solo había dos casas cerca del lago Bursjön: Gammelstället, la de su familia, donde la abuela Johanna había gobernado, y la de los Larsson. Estaban en el lindero del bosque, con un prado más abajo, cerca de Bursjön. Cuando vio el lago, la imagen real coincidía con la representación que había creado al escribir sobre él.

Atemorizaba un poco.

Lo que escribía se convertía en una pantalla de proyección que ocultaba, o posibilitaba decir la verdad.

Se pronunciaba «Bujön», el lago donde una noche de agosto el Hombre del barco apareció para llevarse a Håkan, como si aquel forastero que se acercaba remando al anochecer fuera el *Holandés Errante*. El que vino para llevarse a Håkan; cosa que tuvo como consecuencia que él, por su parte, nunca admitiera que Håkan había muerto. Que *Håkan simplemente murió allí en lo más profundo del lago*.

Como el tío Aron; pero basta ya de eso.

Y él enfermó ese verano, de preocupación, o quizá de angustia, cuando todos sin razón ni fundamento alguno creían que Håkan se había ahogado por su culpa.

Sea como sea: ambiente de inocencia en el jardín delante de la casa de los Larsson.

Puede que fuera culpabilidad.

Había algo inquietante con Gammelstället y la condición de *granjeros prósperos de Västerbotten* de la familia, en relación con la *pequeña* casa de los Larsson: o sea, por un lado, una granja grande a la que se insistía en llamar Gammelstället, por otro, una modesta, bastante anodina y desvencijada, en la que los Larsson habían vivido.

Situada a unos ciento veinte metros, hacia el norte.

No es que los Larsson tuvieran nada de malo, pero los niños de esa granja se mostraban tímidos y reacios a jugar con los de Gammelstället, que eran propietarios de seis vacas y dos caballos, *Tindra* y *Stella*; ahora bien, ¿no sería correcto llamar al tío John granjero próspero! ¡Aunque, por otra parte, tener seis vacas tampoco era muy habitual!, cosa que había que reconocer, con mucho respeto, y *solo Dios sabe de qué vivían los Larsson*; sin embargo, sesenta años más tarde, a uno de los nietos de los Larsson le dio por escribir novelas de misterio, tres en total, justo antes de morir, y al parecer se vendieron muy bien, por medio mundo, ¿no, por todo el mundo! Pero en la época en la que él mismo

era niño y pasaba los veranos en Gammelstället no había podido jugar mucho con *el padre del que luego en los años noventa empezó a escribir libros, aunque, bueno, solo fueran de crímenes y misterio*. El padre que por lo que recordaba se llamaba Erland.

Había algo delicado en el tema de si Gammelstället estaba ocupado por un *granjero próspero* o no. Pero la palabra no era correcta. Se había empleado una denominación errónea. ¡Uno no era, de ninguna manera, superior, solo porque el tío John tuviera dos caballos! Se trataba más que nada de una sensación; además, la abuela Johanna era bastante estricta, aunque nunca con él. Pero eso de mantenerse apartados...

Quizá eran los Larsson los que se apartaban de los demás. Le hacía pensar a uno, desde luego.

A menudo uno podía sentir culpa nada más que por unas cuantas obviedades, o sea, más bien una culpa bíblica. En el fondo, técnicamente era razonable menospreciar la casa de los Larsson puesto que era muy pequeña. O sea, *medida en superficie de suelo*. Que los de Gammelstället —duros trabajadores— no se relacionaran no resultaba, por otra parte, nada extraño, ni constituía motivo de lástima. ¡Pero *el hijo de ese compañero de juegos* en la casa de los Larsson! Sus tres libros se vendieron bien. Por todo el mundo. Todavía, en el año 2011, aunque él *ya había ascendido a los cielos*.

Aunque no quedaba claro si había sido creyente o no.

No obstante, la gente seguía comprando sus tres libros, eso era lo extraño, pero quizá nada sobre lo que hacer un mundo, al no tratarse más que de libros sobre crímenes.

Y luego la familia Larsson se mudó, y el tío John compró la granja por cuatro mil coronas, porque, si no, podrían haberla ocupado los quinquis. La casa, pues, quedó bajo la *égida* de Gammelstället, por decirlo de alguna manera.

Pero un poco peculiar sí que resultaba eso de las dos casas aisladas en el lindero del bosque cerca del lago Bursjön, y los dos niños que se hicieron escritores.

¿Algo contagioso?

Ahora era mayo de 2011 y hora de tomar café y tarta con los primos; tras el fallecimiento de Ivan habían sido sobre todo Mona, y su hija Kristina, quienes se habían ocupado de renovar la granja de los Larsson. Y la habían dejado muy bonita.

Se había convertido en una especie de casa de verano para Gammelstället.

Realmente había quedado muy bonita.

De verdad.

Pero ¿qué *juicio* era el que debía repetirse? ¿¿Qué era aquello que flotaba en el ambiente, sobre todo para él, esa calurosa tarde estival mientras tomaban tarta en el jardín delante de la casa??

¿Por qué volvía a sentir culpabilidad, o más bien inquietud, ahora que esa otra familia que habitaba la granja de los Larsson se había ido, y la suya se había *hecho cargo* de la casa? ¡No había nada raro en ello, en absoluto!, ¡¡¡pero todos esos recuerdos!!!, aunque nadie hablaba de lo que había ocurrido aquella noche en la balsa de troncos con Håkan, ni de lo del *Holandés Errante*; y ahora al cabo de sesenta años el sol brillaba sobre el lago, y si Maya hubiese estado seguramente habría dividido a todos en un coro de tres voces, y él habría cantado la segunda voz en *Plácido descansa el lago*.

De repente se dio cuenta de lo que pasaba. No eran los Larsson.

Era la mujer de Estocolmo. O sea, la que había alquilado la casa.

Debía de haber sido en torno a la una del mediodía el segundo domingo de julio de 1949, poco después de que acabara la misa en la radio, que había escuchado, una hora de quietud mientras el milagro de la redención sonaba en el aparato.

Después fue libre de hacer lo que se le antojara.

La abuela Johanna y él habían escuchado, juntos, él sobre todo porque quería hacerle compañía, porque le parecía que era *como muy acogedor* estar con ella cuando escuchaban la palabra de Dios. Por lo demás, había bastante vacío delante del aparato radiofónico mientras emitía la palabra de Dios en Gammelstället, ya que nadie más aparte de su abuela, y en alguna medida él mismo, era muy creyente. Ella más. Luego él, dado el calor que hacía, se encaminó al lago para bañarse, y atajó por el pasto delante de la casa de los Larsson.

Los Larsson, durante su *época de propiedad* de la finca, antes de la venta, no habían tenido ni una sola vaca, de modo que, en algún sentido, era una equivocación decir pasto. No debería llamarse ni media pastura. Para que quede claro.

Entonces la divisó.

Sucedió, por tanto, después de que el tío John le comprara la casa a los Larsson. Y una mujer de Estocolmo la arrendó. Durante un mes.

Después, al recordarlo todo, era como si la palabra *libre* se le hubiera aparecido cuando, desde el este, si se tiene en cuenta que la casa de los Larsson se sitúa en una línea de norte a sur, se acercaba a ella. Era como si estuviera tumbada *de forma libre* en una manta en el césped leyendo mientras tomaba el sol.

Había algo desinhibido en ella que hizo que él no se disculpara de inmediato, ¡como manda la costumbre!, para, con la cara vuelta, encaminarse más al suroeste a fin de no molestarla. Quizá mientras pronunciaba unas amables palabras de disculpa. Pero con una pequeña y natural sonrisa ella se giró hacia él, tumbada boca abajo y con el sujetador desabrochado, aparte de este solo llevaba unas bragas amarillas, y, con unas sencillas palabras, rebajó la tensión tras la entrada inesperada o, al menos, imprevista.

—Ah, pero si eres tú —dijo sin más.

—Sí —respondió con igual sencillez.

¿Fue así como empezó todo? Han pasado muchos años.
¿Cambiaría aquello su vida?

Es que han pasado muchos años. No era la primera vez que hablaba con esa mujer.

Habían intercambiado algunas palabras de vez en cuando, más bien preguntas y respuestas quizá, y ahora cuando ella volvió su cuerpo hacia la izquierda, en su dirección, para decirle *Ah, pero si eres tú* y él respondió *Sí*, pudo ver de costado, con total claridad, el izquierdo de sus pechos desnudos. Ralentizó su marcha hasta que, al final, se quedó como paralizado, aunque seguro de que no se reflejaba en su semblante. Y dijo algo (así, con el tiempo, no es capaz de atestiguar con certeza cómo le salieron las palabras, pero comentó algo acerca del calor que hacía, y que iba camino del lago a bañarse), y entonces ella tranquilamente apartó el libro, y él vio de inmediato que la novela que estaba leyendo era *La gente de montaña*, de Bernhard Nordh.

Si es que lo había visto bien. Lo que pronto pudo confirmarse gracias a su pregunta y la consiguiente respuesta por parte de ella.

Ella dijo ser de Estocolmo, concretamente de Södertälje, un barrio a las afueras de Estocolmo, explicó, pero él ya había estado una vez en la ciudad de Södertälje cuando su madre había asistido allí a una reunión estival de la Asociación Misionera de las Maestras, y sabía que se trataba de una ciudad, *por derecho propio*, pero no quiso decírselo, porque *el ambiente estaba tan bendecido* que no quería arruinarlo.

Ella tenía el pelo castaño, y unos ojos en los que se había fijado ya desde el primer momento, y no quedaba muy claro por qué pasaba el verano allí sola en la casa de los Larsson, pero quizá acabara de divorciarse.

Él sabía que la había mirado antes.

Estaba bastante rellenita y era bonita, sin que pudiera considerarse una exageración. Resultaba muy difícil determinar su edad, quizá en torno a los cincuenta, pensó, ¡pero se conservaba

muy bien!, ¡de verdad!, aunque es cierto que cualquier intento de determinar la edad de alguien siempre es difícil.

Era bastante bonita y hablaba fino. O sea, no con el habla de Skellefteå.

Hablar fino era como se llamaba al sueco, o sea, no al dialecto. Ella hablaba fino por razones naturales, ya que era, por decirlo de alguna manera, extranjera, o sea, del sur: su acento sonaba bastante suave y redondo, y él se la había quedado mirando algunas veces con curiosidad. Aunque no mucha. Pero ocurre con ciertas mujeres, se decía a sí mismo, que hay algo *irradiante* que no se puede determinar ni fijar en la lengua, aunque esas mujeres, evidentemente, son muy guapas. Durante un instante visualizó la imagen de la señora de la oficina de Correos de Brattby, la mujer de la calle Vännäsvägen, 12, pero fue una visión muy breve, más parecida a un recuerdo. Porque cuando ella levantó el tronco y *él pudo ver uno de sus pechos* le recorrió por todo el cuerpo como una descarga, como el bastonazo que te llevas cuando te quedas dormido en misa, y se sintió paralizado, pero, no obstante, con una sensación de *nadar en bienaventuranza*, o algo así.

Lo de las palabras era difícil.

El hecho de que casi le diera un patatús al ver el pecho izquierdo hizo que todas las denominaciones le parecieran torpes, o sea, las palabras cogidas de los idiomas aprendidos, los normales, como el bíblico, o el *habla fina*, o sea, no el habla campesina, ese dialecto al que te obligaban a renunciar en el colegio, excepto en los recreos cuando nadie te oía; y que se recuperó en cuanto aquellos mandamientos lingüísticos desaparecieron.

¡Pero eso de que volviera su cuerpo hacia él! *¡con semejante naturalidad!*

Además, ocurrió así de repente, por lo que las palabras bonitas en su cabeza adquirieron en cierto sentido el carácter de las palabras del salmista del libro de los Proverbios, ¿o era el Cantar de los Cantares?, sin que pudiera hacer nada para impedirlo.

Bienaventuranza, por tanto, fue lo que pensó.

Dado que era bastante tímido, hasta ese momento (exceptuando a la prima segunda de Istermyrliden, episodio ya confesado) solo había tocado el pecho femenino en una ocasión, el de Gerd Fahlman de Yttervik, el derecho. Entonces, esa Gerd Fahlman se había detenido en seco, como alcanzada por un rayo, y él se había preguntado por qué. Pero ya basta.

¿Qué estás leyendo?, preguntó, aunque lo había visto. ¡Bernhard Nordh! Respondió ella sin más, mirándolo *de forma libre*. ¡He leído *En la sombra del monte de Marsfjäll!*!, dijo él, pero ese no, añadió mientras señalaba el libro con la mano derecha, y entonces ella con un movimiento ágil y natural se acomodó el sujetador, aunque sin abrochárselo por detrás.

Era increíble que ella, que seguramente había cumplido los cincuenta, tuviera unos pechos tan redondos y bien formados, al menos a su juicio, basado en su única referencia, Gerd Fahlman de Yttervik, cuyo pecho derecho sin embargo no había podido tocar más que desde fuera, o sea, por encima de la blusa. Pero ahora estos estaban desnudos.

Luego se pasaron un cuarto de hora hablando de Bernhard Nordh.

Ella se mostraba muy espontánea y dijo algunas cosas muy buenas sobre Bernhard Nordh, y él le preguntó lo que hacía, o sea, en invierno. Al principio, se quedó como callada y se rio por lo bajini, y contestó que trabajaba de ayudante de un médico, más bien de asesora, explicó; aconsejaba a los que necesitaban *asistencia*, pero también tenía formación en contabilidad, ¿no era eso muy poco habitual?, inquirió él. Pero ella no quiso precisar más lo que hacía, sino que pasó a hacerle preguntas a él. *Cuánto mides*, empezó, y él se lo dijo, *¡pareces estar en buena forma!*, *¡aunque eres de constitución bastante larguirucha!* Larguirucha, repitió él, bueno, no sé, *pero estás en muy buena forma, eso se ve, tienes un cuerpo muy atlético, eso está claro*, a lo que no supo qué responder.

Mientras hablaban de la obra de Bernhard Nordh, con toda tranquilidad él se había sentado junto a la manta, pero no encima.

Lo hizo a petición suya. Lo invitó a sentarse mientras entre risitas le preguntó lo de la estatura y el peso y le dijo eso de que era *larguirucho*, y que aun así parecía en buena forma, y le preguntó cuántos años tenía. Había reconocido que quince, y ella calló unos segundos antes de decir que tenía cincuenta y uno.

Y eso fue como otra señal de su *naturalidad*, y se habían echado a reír al unísono.

¿Cómo te llamas?, quiso saber él tras un silencio bastante largo y casi incómodo. Y ella respondió: Ellen. Luego ella le preguntó, o sea, después de la ilustrativa conversación sobre Bernhard Nordh, si tenía novia; él lo negó con insistencia. ¿No hay ninguna chica que te tenga enamorado?, añadió ella, y él negó con la cabeza. ¿*Nunca la ha habido*?, dijo ella a continuación. Y él, al cabo de un instante de silencio, confirmó eso también. Nunca la había habido.

—Nunca la ha habido —repitió ella en voz tan baja que casi era un susurro; pero él, gracias al silencio natural del campo que los rodeaba, únicamente interrumpido por algún que otro sonido de pájaro, *canto de pájaro* quizá podría llamarse, oyó lo que había dicho. Nunca la ha habido.

Pero, como no era ninguna pregunta, no dijo nada.

—¿Y cuándo cumples los dieciséis? —preguntó.

—En septiembre —respondió tras un momento de duda.

Luego los silencios entre las preguntas y las respuestas se alargaron, cosa que en parte se debía a que ella lo había estado mirando con tanta naturalidad, hablándole entre esos labios suyos en un tono como si en cierta medida se hubiese sentido triste o desconcertada. Durante unos segundos él consideró retomar la conversación sobre la obra literaria de Bernhard Nordh; pero como ella, debido al intenso calor procedente del sol vespertino, había dejado caer el sujetador al suelo, esa audacia, o tristeza, junto con las altas temperaturas, lo turbaron, y puesto que no era capaz de dejar que sus ojos se desviaran de los pechos ahora completamente desnudos, ya no sabía qué hacer ni decir.

—Hace mucho calor —dijo ella tras un largo silencio—. ¿Quieres tomar un poco de gaseosa dentro de casa?

—¿Tienes gaseosa dentro? —preguntó él.

—Sí —contestó ella.

Hacía mucho calor en el jardín delante de la casa de los Larsson justo aquel día de julio de 1949. Sin duda sería posible demostrarlo.

Él podía sentir con total nitidez el calor. Allí dentro ella tenía, en efecto, una botella de gaseosa que le estaba ofreciendo. Preso de su desconcierto, aprovechó la ocasión para contarle que en los partidos del primer equipo de fútbol de Bureå se entregaba una gaseosa a todos los jugadores en el descanso, mientras que en el segundo equipo, donde él jugaba ahora, había que compartir una entre dos jugadores, y que existía esa costumbre desde hacía muchos años, incluso muchos antes de que él empezara a jugar. Informó de que era portero, pero, en cualquier caso, le gustaba mucho la gaseosa, y que en el equipo júnior, donde también jugaba de portero, se compartía una botella en el descanso, algo que ya veían como si fuera natural, y que él...

—¿Quieres una gaseosa o no? —le interrumpió ella casi con vehemencia o reproche.

Él sopesó la pregunta.

—Quiero una gaseosa —respondió al final.

—Muy bien —dijo ella.

Entraron en la casa de los Larsson. Ella iba delante, y él no cerró la puerta.

—Cierra —pidió ella—. No dejes que se meta el calor.

Él cerró, pero sin decir nada.

El cubo del agua estaba al lado de la cocina económica.

Ella se acercó primero al cubo y al beber del cucharón el agua casi le corría por los senos, por el izquierdo al menos, luego se

dirigió a la despensa y buscó durante un rato hasta dar con la gaseosa abajo del todo, al fondo a la izquierda; sin duda debía de tener toda la comida de primera necesidad en la despensa, sobre todo patatas, no cocinaba más que para ella ya que vivía sola, pero efectivamente tenía una botella de gaseosa, aunque no había sido fácil encontrarla, al fondo, a la izquierda.

—Casi habías perdido la esperanza, ¿verdad? —dijo ella y se sentó a su lado en el sofá de madera.

—No, una promesa es una promesa.

—¿El qué? —replicó ella.

—Que tenías una gaseosa para mí —respondió él.

Ella le preguntó cómo era que sabía tanto de Bernhard Nordh, y él, en pocas palabras, se lo explicó, y ella seguía sin llevar más que los pantalones cortos y el sujetador desabrochado, por el calor. Lo miraba todo el tiempo con esa pequeña y bonita sonrisa, o quizá solo se trataba de melancolía, y él empezó a reflexionar sobre por qué ella que hacía tan solo un momento se había mostrado tan alegre ahora parecía apesadumbrada, pero aun así amable, y justo entonces, o quizá algún que otro minuto después, ella preguntó:

—¿Te ha gustado la gaseosa?

—Sí —dijo—, mejor que la que te dan en el vestuario, aunque no tan fría.

Reflexionó un rato sobre lo que acababa de decir, le había sonado un poco raro, debido a la ligera tensión que se respiraba, o porque se sentía un poco rígido, quizá debería explicarse, pero en ese mismo instante ella intervino con una pregunta y luego se le olvidó.

—¿Te puede hacer una pregunta? Aunque no hace falta que respondas si no quieres.

Ella, como si hubiese tomado carrerilla tras dudarlo mucho, y ahora que eso de la gaseosa ya se había resuelto, le preguntó si alguna vez había estado con una mujer, o sea, si se había acostado a su lado para mantener relaciones con ella, a lo que él respondió negativamente. ¿Nunca? Que no, ¿estás loca?, respondió él con

una pequeña sonrisa, pero sin sentir ni una pizca de vergüenza, pues ella lo había preguntado con mucha prudencia. Y entonces, justo en ese momento, ella dijo *pues estamos casi igual*, porque hace más de siete años que yo tampoco y una casi olvida cómo era. *No me digas*, respondió él, bueno, *yo no lo sé, claro, porque no tengo con qué compararlo*, pero ella lo animó riéndose y dijo que *yo que tú, siendo tan alto y bien entrenado, con ese cuerpo de atleta que tienes, no me preocuparía, todo llegará*. Pero no sabrás cómo se hace, añadió. ¿No tendrás problemas con el prepucio?

—¿El prepucio?

—Sí, ¿sabes lo que es?

—Sí.

—¿Y no tienes problemas?

—¿Qué problemas? —replicó perplejo.

Ella le explicó que en su trabajo en el campo de la medicina, como experta contable en el Departamento de Contabilidad del hospital de Södertälje, y como asesora y ayudante, había oído hablar de hombres jóvenes que tenían problemas para echar hacia atrás el prepucio, especialmente en caso de erección, aunque era una cosa muy sencilla de solucionar si se quería.

—No —dijo—. No en la actualidad. Aunque nunca se sabe, claro.

—Antes de ponerlo a prueba, claro —añadió pensativa—. De ponerlo a prueba durante el propio acto.

Se instaló un silencio muy extraño, y ella se levantó y se acercó al cubo de agua, cogió el cucharón y bebió. Después se encaminó a la ventana y miró las moscas para a continuación volver una vez más al cubo de agua, donde cogió de nuevo el cucharón, pero lo dejó enseguida en su sitio sin beber nada. Acto seguido atravesó la habitación y se detuvo delante de él y levantó la vista contemplándolo con gran desconcierto o casi a punto de llorar, como si estuviese desesperada. Y luego fue como si casi se sobrepusiera, y dijo:

—Levántate y seré tu asesora.

—Asesora —repitió él casi sin voz, pues el calor parecía haber acabado con ella—. ¿Vas a ser mi asesora?

—¿No quieres saber qué es? —preguntó tras una pausa muy larga durante la que solo se oyeron las moscas contra el cristal de la ventana, ni siquiera los pájaros—. Es un benefactor. ¿Quieres?

Quizá no pasó más que un segundo. ¿O quizá fue un minuto? Ya no lo recuerda. Han pasado tantos años.

—Vale —asintió.

Y se puso de pie.

Con mucha suavidad y casi con humildad, ella dijo que quería ver, y le desabrochó el cinturón y le bajó los pantalones, y solo al cabo de unos momentos, durante los que él apenas se atrevió a respirar, con una sonrisa tierna a la vez que tranquilizadora, le tocó el miembro y dijo que eso, lo de sentir dolor al echar hacia atrás el prepucio, que era normal, pero que quizá no fuera así para él, *a pesar de que no había estado con una mujer* y eso.

Ella murmuró algo que él no llegó a entender, y mucho más tarde, sesenta años más tarde, cuando se hallaba a la orilla del río y *quería recordarlo*, quería recordarlo casi con desesperación, no fue capaz de rememorar lo que se dijo; pero ella le había tocado el pene con suavidad, solo con las puntas de los dedos.

Las palabras del salmista iban y venían; ¿no era algo sobre la *bienaventuranza*? Aquello le aturdió por completo, pero aún más las puntas de los dedos. Es que en el pueblo había un ejemplo histórico, la hija mayor de los Burman que mantuvo relaciones carnales (fue con Stefan) y cayó en desgracia, ¡y eso fue un incomprensible castigo del cielo precisamente porque ella ya había sido redimida! En el pueblo se hablaba a menudo de *caer en desgracia* y de *pecar*, aunque más que nada en murmullos.

Ella lo tocaba con las puntas de los dedos.

Ocurrió el año después de que la tía Valborg regresara a casa para anunciarles que iba a morir, de cáncer, pero luego en el salón,

mirándole derecho en los ojos a Birger, tuvo la osadía de decirle que, como el Salvador no se había preocupado por ella cuando había estado en apuros, ella tampoco iba a hacerle caso al Salvador, *¡increíble que se atreviera!* Aquello era algo que, por lo perturbador que le resultó el testimonio de la tía, caía ahora como un relámpago en la cocina de la casa de los Larsson. ¡Un relámpago! Esa audaz demostración de su postura, realizada ante Birger y el Salvador y, en cierta medida, ante él mismo, escondido detrás del aparador, gracias a su gran coraje, había activado algo en su interior: *¡que había cosas que eran posibles!* Pero cuando el Jueves Santo, unos seis meses después, se negó a acompañar a la Madre a la sagrada eucaristía del Señor, y la Madre tuvo que partir sola, entre lágrimas, ¡tardó poco en capitular ante la angustia del pecado! Tras, quizá, unos cuarenta minutos de reflexión y de angustia religiosa se *rindió*. Y cogió su bici, era de la marca Rex —la Madre tenía una Monark con neumáticos de globo—, y la noche del Jueves Santo recorrió los siete kilómetros hasta la iglesia en un tiempo récord, diecinueve minutos y treinta y cinco segundos, estableciendo así una nueva marca personal.

Y así se unió al rebaño de los redimidos. Aunque en secreto dudaba.

En esa ocasión, pese a todo, era como si por un lado *hubiese capitulado ante la fuerza de la conciencia del pecado* —¡pues comulgó!, ¡la bondad venció en su interior!, ¡seguía redimido!, ¡y los ojos de la Madre se llenaron de lágrimas de alivio! ¡y entonaron al unísono el salmo *Ay, la cabeza herida de sangre!*—, pero *por otro* como si ya casi hubiese empezado a posicionarse del lado de la tía Valborg y a decir que *¡nones!, ¡nones!*

La lucha por la libertad había que perderla una y otra vez, pero sin abandonarla jamás, entendió.

Reinaba un silencio absoluto en la cocina de la casa de los Larsson, aparte de las moscas.

—¿Realmente nunca has estado con nadie de tu edad? —le susurró ella.

Él lo negó. Los dos se hallaban de pie, y ella le pidió que se quitara la camisa, *creo que es mejor porque noto que estás casi temblando*, susurró, ¿te ayudó?

Sí, dijo él.

Ella actuaba con mucho cuidado y en silencio y su mano, era la derecha, se movía muy suavemente por el miembro, sobre todo con las puntas de los dedos, y ella pudo constatar, con bastante objetividad, que él no tenía ningún tipo de problema con el prepucio, se podía echar hacia atrás incluso estando erecto. Se la veía muy *concentrada* en lo del prepucio, pero es que era algo natural, concluyó él tras haberlo pensado con detenimiento, teniendo en cuenta que en el invierno trabajaba de asesora en el hospital, aunque sobre todo en el Departamento de Contabilidad, y por lo demás a punto estuvo de marearse mientras ella seguía tocándole el miembro, que ahora se había endurecido notablemente. Y cuando le quitó la camisa de los domingos, casi se desmaya.

—Creo que es mejor que yo también me desnude —comentó ella.

—¿Por qué? —preguntó él casi alterado.

—Bueno, así es como más igual —respondió.

—Claro, tienes razón —dijo él.

Durante unos segundos, *le pasó por la mente* algo sobre la hija mayor de los Burman, la que cayó en desgracia tras pecar y mantener relaciones carnales (fue Stefan), pero se desvaneció. No llegó a ser más que una idea muy vaga, que le vino de refilón a la cabeza durante un breve instante, y ella no cesaba de murmurar de modo suave y confuso sobre lo del prepucio. Parecía una cosa importante para ella. Y luego se calló un rato antes de levantar la vista y mirarlo con sus ojos marrones casi angustiados, como llorosos, quizá suplicantes, aunque diferentes a cuando uno rezaba, y le preguntó de nuevo si realmente no lo había probado nunca con alguien de su edad; pero él lo siguió negando, lo cual era la verdad.

Y en ese momento *lo del pecado y la hija mayor de los Burman* (y Stefan) apareció de nuevo en su mente, que quizá estuviera cometiendo un pecado, pero seguro que no era un pecado capital, aunque era cierto que durante el último año no había participado en la sagrada eucaristía del Señor con la misma convicción que antes. Esa protesta no se debía a ningún afán de renegación, sino a las dudas, o más bien a la angustia; indudablemente, lo que estaba pasando en esos momentos no podía contarse como un pecado capital. Pero, no obstante, ¡indudablemente! Tenía que ver con el pecado (aunque un pecado algo menos grave si uno lo comparaba con el incurable pecado capital).

Era como si todos esos pensamientos al mismo tiempo existieran y no existieran en la cocina de los Larsson; y le susurró algo en esa línea. Aunque no con tanta claridad como para que ella pudiera ofenderse. Estaba ya completamente desnuda a su lado, había dejado caer también las bragas, pero él no se atrevió a mirar hacia abajo. Ella negó con la cabeza y le tranquilizó diciéndole que no había ninguna intención pecaminosa en sus preguntas y consejos, solo quería saber si tenía experiencia, o si eso del dolor al echar hacia atrás el prepucio, o sea, no ahora, sino antes cuando era más joven, no se trataba más bien de un problema práctico que muchos de su edad, los *de la joven generación*, no eran capaces de resolver por sí solos.

Todo lo murmuraba de forma un poco confusa.

Costaba seguirle el razonamiento, pero parecía querer indicar que ella lo entendía a él. Tenía, como anteriormente había señalado, cincuenta y un años, y había visto más mundo, o sea, *poseía la experiencia vital*. Y lo miraba a los ojos, de un modo muy extraño, como si estuviera asustada y a la vez casi alterada, o desesperada, y tenía los ojos brillantes, como si hubiese querido preguntar algo de máxima importancia, pero no se hubiera atrevido.

Todo el rato, como distraída, le había estado masajeando el miembro, ahora muy tieso, con las puntas de los dedos, era la mano

derecha, mientras repetía las palabras *la vida misma y la experiencia vital*.

—Bueno, sí, claro —respondió él, sintiéndose inseguro y a la par contento, casi feliz, ya que la cocina de la casa de los Larsson se había llenado del sol vespertino y las moscas zumbaban en la ventana. Y hacía tanto calor que ella, debido precisamente a ese calor, se dejó caer despacio hacia el suelo, o sea, al suelo de las tablas de pino, sin nudos, posiblemente de corte radial.

—Puedes echarte a mi lado un momento —susurró, y él advirtió que se esforzaba en hablarle con algo parecido a un ligero deje de Skellefteå, quizá para tranquilizarlo, y eso que era de Estocolmo, o más bien, incluso de un poco más al sur.

—Puedes acariciarme si quieres —dijo ella tras llevar un rato tumbados en el suelo de madera en la cocina de la casa de los Larsson mirando el techo.

—Sí, claro —contestó él un poco avergonzado.

—Vamos, si quieres. Quiero decir que como tú me has dejado que yo te la ponga tan dura, creo que sería lo más justo.

—Claro, por supuesto —respondió él y advirtió que su voz temblaba un poco, cosa que igual se debía a que la mano de ella, ahora la izquierda, había vuelto a buscar su miembro, que todavía estaba muy tieso.

—Bueno, se ve que el prepucio puede echarse hacia atrás, aunque la tengo tiesa —dijo con voz casi tranquila.

—Dura —susurró ella—. Tiesa, no. Dura.

Recorrió el cuerpo de ella con mirada cautelosa.

Ella cerró los ojos. Y él la acarició. Fue fantástico. Bienaventuranza más bien, trató de encontrar palabras, pero no se le ocurrieron más que las del salmista, y como no quería, en un momento así, involucrar al salmista, dejó de pensar en las palabras y simplemente siguió acariciándola.

Durante un instante se atrevió a contemplar su rostro. En él había algo así como quietud, o incluso bienaventuranza, casi como lo expresado por el salmista en sus momentos más clarificadores, aunque ella había cerrado los dos ojos. Parecía casi dormida, pero él sentía cómo los dedos de su mano correteaban y saltaban sobre su miembro, por lo que, evidentemente, no podía estar durmiendo. Tras un rato se atrevió a preguntar: *¿estás dormida?*, pero los labios de ella se separaron un poco para formar un pequeño susurro, y quedó claro que no dormía pero que se encontraba a gusto. *¿Y tú?*, añadió ella. *También*, replicó él. Y en eso notó cómo la mano se cerraba en torno a su miembro agarrándolo casi con fuerza. Acto seguido, ella volvió a aquello en lo que antes, con un interés tan extraño, se había detenido tanto, o sea, el prepucio. Que se podía echar hacia atrás sin dolor. *¿No te duele?*, preguntó.

Él se lo confirmó, no le dolía nada.

Seguramente fue así como se sintió Jesucristo cuando María le untó los pies con aceites perfumados, y los masajeó, y Marta daba vueltas limpiando y recogiendo al tiempo que despotricaba contra María por no ayudarla ni con la limpieza ni con la comida. Pero María siguió masajeando y acariciando los pies del Salvador sin más. Le recorrió la cabeza como un relámpago: esa *parábola bíblica* con Marta y María la había sacado a colación la Madre una y otra vez con actitud crítica en conversaciones con él. Ella se había puesto del lado de Marta, mientras que él siempre se había posicionado de parte de María, aunque nunca lo había reconocido, ya que quería evitar conflictos, o al menos disputas teológicas, en especial con la Madre; pero ahora resultaba muy fácil imaginarse las puntas de los dedos de María correteando entre los pies del Salvador. Y esa parábola bíblica de difícil interpretación casi apartó de su mente la parábola de la hija mayor de los Burman que cayó en desgracia (fue Stefan): las imágenes se cruzaban en su cabeza, como relámpagos. Pero sobre todo era el cuerpo de ella allí en el suelo de madera lo que se asemejaba a algo del Cantar de los Cantares, aunque sin las molestas palabras del salmista, el suelo

era de madera de pino sin nudos, tan brillante y pulido tras siglos de pisadas que era como si los dos cuerpos desnudos estuvieran acostados sobre plumones de Eider.

Esa era la expresión, *¡plumones de Eider!*

Era como si los pies de la familia Larsson hubieran extraído plumones de Eider del pino sin nudos al haberlo pisado y desgastado durante siglos, pero cuando contempló el cuerpo de ella, que se estremecía un poco, apenas capaz de permanecer quieto, aunque él lo acariciaba con el mayor cuidado posible, eran más bien las palabras del salmista las que ella encarnaba.

Bienaventuranza, por ejemplo. Quizá María también fuera un modelo. Y si se unía ese cuerpo que él estaba examinando con las palabras del salmista y con el ejemplo de María masajeando los pies del Salvador, así como con los pequeños y rápidos saltitos con las puntas de los dedos, entonces aquello apartaba en gran medida la preocupación por la condenación eterna.

Justo en ese momento ella abrió los párpados y le dirigió una mirada muy extraña, como deseosa de que él lo estuviera pasando bien. Al mismo tiempo había un brillo en sus ojos, como si le preocupara un poco lo que él opinara; pero el rostro, aun así, irradiaba algo frágil, o solo ansioso.

—Si quieres —dijo ella casi con ternura en la voz, o en tono suplicante, en cualquier caso, con cierta inquietud—, si quieres, lo mejor sería que probaras con algún que otro centímetro, porque entonces sabrás seguro si el dolor del prepucio se ha ido para siempre.

—¿Lo sabré seguro entonces? —preguntó él tras reflexionar unos segundos.

—Creo que sí —respondió ella—. Unos dos centímetros, quizá.

Ella se acomodó en el suelo de madera y empezó a canturrear murmurando de esa manera espontánea que para él probaba que lo que hacían era algo muy natural, y pudo observar que, a pesar de eso, ella continuaba, con pequeños movimientos casi distraídos, masajeando con las puntas de los dedos el glande de su miembro

donde ahora el prepucio permanecía todo el tiempo echado hacia atrás; y luego subió la pierna derecha un poco para ofrecerle un ángulo que le permitiera acercarse desde el lateral.

—Me dirás si te duele, ¿verdad? —dijo—. Querido —añadió—, es que no quiero que te hagas daño, pero es mejor que lo intentes conmigo, ¿me prometes que me pondrás sobre aviso si te duele?

De nuevo se dio cuenta de que ella, a pesar de ser de Estocolmo, o más bien del sur de Estocolmo, para ser exacto, de repente había introducido como un tono que recordaba al habla de Skellefteå, pero se dijo que seguramente era porque quería tranquilizarlo, puesto que él volvía a tiritar, o quizá incluso a estremecerse.

—Sí, yo te *pongo sobre aviso* —respondió, y entonces ella tiró de su miembro, con el glándulo delante, hasta la abertura y con un ligero movimiento hizo que él entrara un poquito, pero no más que unos dos centímetros quizá.

—Ahora si te mueves un poquito —susurró ella, tan bajo que el zumbido de las moscas de la ventana casi le ahogaba la voz— lo sabrás.

—¿Qué es lo que sabré? —preguntó él.

—Si te duele.

Era esto con lo que había soñado, y sabía que esto que estaba pasándole en el suelo de madera en la cocina de la casa de los Larsson nunca lo había vivido antes. Esto era el Cantar de los Cantares, y la eternidad, y el tiempo, quizá todo el tiempo, y nunca lo viviría con mayor intensidad, pero así por lo menos había podido experimentar *el no va más*, si es que uno quería verlo de esa forma.

Esto era *la famosa vida* de la que todo el mundo hablaba, exactamente esto.

Y ella había dicho *dos centímetros* y había llevado su miembro, con el glándulo primero, dos centímetros dentro de eso tan cálido que era el propio sentido de la vida. Así lo sentía. Había algo de lo más extraño en todo ello. En medio de ese caos, y el zumbido de las moscas, y el suelo de pino sin nudos en la cocina de los Larsson, y

los restos de la conversación sobre la obra literaria de Bernhard Nordh, en medio de todo eso no conseguía hacer que las cosas cuadraran, y en esa delicada situación le invadió la idea de que *¡esto era ver la luz!, ¡como esos que se redimían súbita y violentamente!, ¡era esto lo que suponía ver la luz y redimirse!*, aunque al mismo tiempo era preso del desconcierto. Es que por todas partes resonaban las alarmas, ¡pecado!, ¡caer en desgracia!, ¿era así como se había sentido la hija mayor de Burman (y Stefan)?, ¡y no comulgar como pecador! Las alarmas retumbaban ensordecedoras, ¡casi tan alto como el zumbido de las moscas en la ventana!, ¡casi tan alto como el zumbido de las moscas en la ventana! ¡Y al mismo tiempo esos dos centímetros eran *algo* tan indescriptible!, *¡algo tan indescriptible!*, nunca se habría imaginado que esos dos centímetros dentro del sentido de la vida pudieran ser tan indescriptibles.

Ella había cerrado los dos ojos y había quitado la mano del miembro y había abierto los dos labios allí abajo, o sea, no los labios de la boca, como si formara la V de la señal de la victoria, y se reía por lo bajini, aunque no de él. Estaba casi seguro de que ella no pensaba en el pecado, o en alarmas, ni siquiera en María y cómo masajeaba los pies de Cristo. Parecía encontrarse muy bien y se reía por lo bajini, y de pronto abrió los ojos y lo miró directamente a la cara y dijo:

—No te muevas.

—¿Está bien así, con dos centímetros más o menos? —preguntó él, ya que no se le ocurrió otra cosa. Aunque estaba contento de que ella hubiera dicho algo, porque así se silenciaron las campanas de alarma de la iglesia, por decirlo de alguna manera, y solo quedaban los dos centímetros del *sentido de la vida*.

—Bien —respondió ella—. Muy bien.

Luego ella empezó a moverse un poco, muy poco, casi de forma imperceptible, pero él advirtió que era difícil respetar la regla de los dos centímetros, y ella parecía haberse quedado sin aliento y había vuelto a cerrar los ojos.

—Ponte encima —dijo de repente, como si se le hubiese ocurrido algo.

—¿Cómo? —preguntó él.

Ella se lo mostró. Y le puso las dos manos, tan bonitas, en la espalda y lo empujó hacia dentro muy despacio, y él se dio cuenta de que ya no se trataba de los dos centímetros de la puerta al sentido de la vida, sino directamente al interior del sentido de la vida, como en el pleno centro, al fondo, y dentro del sentido de todo, esto era el sentido de la vida, casi más maravilloso que experimentar la redención, y de pronto ella lo volvió a sacar, casi por completo, y él se sintió al borde de la angustia por no poder recuperar ni siquiera los dos centímetros allí en la puerta de la vida, le produjo una ausencia abrumadora, de verdad, de verdad, pero luego ella lo llevó dentro de nuevo. Y tras *un rato casi incansablemente largo* entrando y saliendo, ella inclinó su cabeza hacia atrás, con los dos ojos cerrados, jadeando cada vez más al tiempo que parecía como que lo bombeaba, como si contrajera todo su cuerpo bajo el de él, y dijo algo confuso que al principio él no entendió y al cabo de solo algún que otro minuto, como mucho, quizá tan solo unos segundos, abrió los ojos, respiró aliviada mientras clavaba la mirada en el techo de los Larsson, y dijo que *ahora puedes correrte si quieres*.

Y sí quería.

Advirtió que él había como gemido, debido a aquello que ella le *dejó hacer*, muy bajo, pero aun así había ahogado el atronador ruido de las moscas de la ventana de la cocina allí en la casa de los Larsson.

Y en ese momento comprendió, por primera vez, lo que había intuido antes: que en realidad eso era el sentido de la vida. Había visto la luz. La vida era esto.

Sería un domingo. No lo recuerda con seguridad. Es que ha pasado mucho tiempo.

Ella se vistió, se acercó al cubo de agua para beber del cucharón mientras charlaba con total naturalidad.

Él se disponía a marcharse.

—Es que hacía mucho tiempo —dijo ella dándole la espalda y sin mirarlo—. Se me había olvidado cómo era. Ha estado muy bien. Gracias.

—Muchas gracias a ti —contestó él.

Ella lo miró con una pequeña sonrisa en los labios, como si hubiera dicho lo que había que decir.

—Pero debes prometerme una cosa —dijo ella—. Y es que nunca se lo contarás a nadie. Nunca jamás. A nadie.

—Te lo prometo.

—¿Seguro? —insistió ella.

—Seguro.

Y luego se marchó.

Pero es que han pasado muchos años. Así que ya da lo mismo.

La parábola del espacio más íntimo

Quizá se trataba de una alucinación, le resultó difícil saber qué era, ¿se había metido desde el principio por el camino de la fe errónea sin ser consciente? ¿o no había ido por el buen camino hasta ahora? ¿De qué reniega? ¿Por qué ese tono irónico y burlón?; ¿era la tía que abjuró de la fe el verdadero modelo del chico?

Así entró en él la revelación. Pero ¿seguro que no podría deberse solo a la mujer del suelo de pino sin nudos?

¿Lo que en realidad le pasaba era que, temblando y con los escalofríos de la fe recorriéndole el cuerpo, había dado los primeros pasos hacia el camino de la autorredención? ¿O estaba regresando al indiferente Salvador?

Quien, mudo, con mirada vigilante, abría sus brazos ávidamente como para abrazarlo, ¿y destruirlo?

Más tarde siempre había considerado la sexualidad como la apertura de la puerta al espacio más íntimo de otra persona. Había otras puertas, pero esta era la más íntima, y la decisiva. Él abrió, ella abrió, luego entraron el uno en el otro, en un encuentro quizá breve, podría ser bonito o una equivocación, pero suponía acceder *al espacio más íntimo*.

Se entraba el uno en el otro y después ya nada era como antes.

A veces se le llamaba ejercicio de poder. Nunca lo había entendido. ¿Cómo se puede ejercer poder accediendo dos personas

juntas al espacio más íntimo? Todo lo contrario, el poder se anulaba, y quedaba un espacio completamente desprotegido. Se trataba del único momento en el que se podía estar desprotegido sin tener miedo. Después se abandonaba el espacio más íntimo, pensando que ahora la puerta se había vuelto a cerrar, pero siempre pervivía el recuerdo de cómo fue. *Allí se había estado juntos*, y había reinado una calma perfecta. Se había accedido, igual que Kim y su Lama se sumergieron en el Río de la Flecha. ¿No era así?

Él había accedido a ella. Al principio dos centímetros, más como un gesto tranquilizador. Luego muy cerca del secreto. Luego en él.

¿Por qué le exigían que lo entendiera? ¿Cómo se va a comprender aquello que es incomprensible? El secreto del Río de la Flecha era que ese era el espacio más íntimo en el que uno se sumergía. Y, entonces, todo se consumaba. Así lo había entendido. ¡Quince años, y lo vio! Está claro que se avergonzaba por no haberlo comprendido.

¿Kim? ¿Kim?, ¿no era así?

El espacio más íntimo había estado revestido de suaves membranas cuyo color nadie recordaba muy bien, es que estaba muy oscuro allí dentro, pero seguramente había un color, eso dependía un poco de cómo hubiera ido. Uno podía imaginárselo. Lo mejor quizá sería imaginarse un rojo suave: no rojo claro, sino rojo suave. Los herrnhutianos eran los únicos que lo habían entendido bien, lo que la experiencia sexual o religiosa suponía, la caliente y amable sangre, bailar en la herida, jugando como niños. Tenían ritos que confirmaban todo eso, como las nupcias: contraer matrimonio en la habitación apartada, desnudos, solos, abrazándose, sentados. Estaba prohibido *describir* cómo era cuando accedían al espacio más íntimo, con las membranas, y el color cálido.

La descripción resultaría mortal para la sacralidad del espacio más íntimo. ¡*Se podía decir sacralidad!* No suponía una blasfemia. ¡Los autorredimidos en Burheden dieron su permiso! ¡Y él lo había experimentado! ¡Y sobre aquello que había experimentado tenía carta blanca para no describirlo! ¡Pero había visto la luz! ¡Pese a

tener solo quince años!, ¡y entonces tenía derecho a librarse de la necesidad de comprender!

Si te dabas tiempo a escuchar las membranas y los movimientos suaves en el sagrado espacio más íntimo, podías intuir *cómo era*. Y librarte de describir esa experiencia de fe. Eso de las denominaciones no tendría que existir. Sabía que más o menos así debía de ser. ¡Y pensar que el niño lo había intuido, aunque solo fuera un niño!

Y que luego se le había olvidado, durante tantos años.

Y de pronto se *acordó*, justo cuando la ambulancia había cogido velocidad y él despegaba, como un albatros, encima del desierto de hielo. Si volaba alto, podía pensar con calma, por primera vez.

Ahora, dentro de poco, pensaría entonces.

En octubre de 2011, de repente, hemorragias severas.

Clava la mirada en el techo de la ambulancia, ¿iba en serio esta vez? Son las tripas enquistadas las que al final le propinan el golpe definitivo, a la edad de setenta y siete años. Qué cómico, pues ha estado a punto muchas veces. Dos operaciones de corazón. Las tripas, el agujero que los necios auxiliares no encontraron. ¡No hasta ahora!, ¡octubre de 2011!

¡Y todo lo que le quedaba por hacer! ¡Como al Elof!

¿Era de verdad el único de la familia en *adorar* todas esas cómicas peculiaridades corporales? ¡Especialmente las tripas! Pues, era sobre todo de esa *curiosidad* de lo que se ocupaban en su familia.

Con temor, por decirlo de alguna manera. Murmurando que las rarezas eran naturales, como las tripas, por ejemplo. Y no se trataba de locura.

¡Aquello que era *diferente* solo se había disfrazado! ¡De Arte!

El abuelo, Per Walfrid, poseía —¡por poner solo un ejemplo!, ¡anteriormente mencionado!, ¿cuándo terminará esa empecinada

insistencia?— un criadero de zorros junto a la herrería del pueblo, y una vez ganó el primer premio de un concurso en Estocolmo, al llevar en el tren *La Flecha del Norte* a un zorro cruzado de inusual belleza a una exposición de animales de piel, donde recibió un trofeo de manos de la reina. Más bonito que la medalla real Litteris et artibus que él tenía.

Todos en el pueblo consideraron el acontecimiento con el victorioso zorro cruzado como un milagro, o sea, una obra de arte, y se conmocionaron. Era una parábola y un augurio que atenuaría lo inexplicable del hecho de que *el artista elegido de la familia*, el Elof, muriera de improviso, cataplún, y antes de haber podido empezar el trabajo de las parábolas siquiera.

En la cercanía de la muerte, los ritos resultaban tranquilizadores.

La historia del zorro cruzado, la primera parábola enteramente bíblica del pueblo, resultaba poderosa y tranquilizadora.

¡El abuelo P. W. fue el primero!

Había algo grande y enigmático en eso de ser *el primero*. ¡Igual que la mujer de la granja de los Larsson!, a ella también se la podía considerar como una obra de arte, si uno quería. Y eso quería él. Había algo grande en el hecho de ser *el primero*. ¡Pero que el abuelo P. W., el herrero del pueblo, fuera el artista que creó una obra de arte que recibió un premio en Estocolmo...!

El artículo, con la foto de P. W. sosteniendo en los brazos al zorro cruzado que clavaba su mirada salvaje en la cámara, se publicó en el diario *Stockholms-Tidningen*, página 12, y fue recortado con las tijeras de esquileo y colgado tras un cristal en la pared de la cocina, donde todo el mundo podía verlo. Para hacer sitio, P. W. quitó el cuadro de siempre con Jesucristo y el *Venid a mí*, que colgaba allí antes, y lo puso en el dormitorio encima de la cama.

Luego empezaron a hablar en el pueblo de que a P. W. Enkvist se le habían subido los humos a la cabeza, cosa que llevó a Lova, la abuela, a cambiar los cuadros de sitio.

Esa historia al nieto le había encantado y la había oído hasta la saciedad, y ya de adulto la había incluido en un par de sus libros más elogiados, devolviendo así, tanto espiritual como corporalmente, la fotografía a un lugar visible para el público.

La historia del zorro cruzado era para él una parábola bíblica. Más poderosa e impactante que las insípidas y desnatadas parábolas del Nuevo Testamento, como la del hijo pródigo, por ejemplo. Esa no hacía más que mortificar, y chirriaba, en especial cuando se escapó del centro de rehabilitación, o sea, del segundo manicomio para borrachos, el de Islandia, y a modo de respuesta le dieron con esa parábola en plena cara, pues todo el mundo insinuaba que pronto sufriría una seria recaída. Se convirtió en una suerte de lucha entre parábolas, no como en la Biblia, donde se supone que solo hay que dejarse llevar asintiendo con la cabeza, aunque la del hijo pródigo resultaba un poco problemática, especialmente si se estaba borracho.

La parábola del viaje del zorro cruzado era *una cosa más impactante*.

Ya a la edad de cuatro años le había insistido al abuelo para que le contara esa leyenda, *documentada* con fotografías de periódico, sobre el viaje del zorro cruzado desde el pueblo de Hjoggböle hasta Estocolmo. Y el nieto se había regocijado porque el abuelo P. W. había conseguido así fama nacional. ¡Y lo que más le alegraba ante todos los testigos era que ese zorro cruzado hubiera elegido regresar a casa!

¡Cuenta la histolia del zollo!, le suplicaba al abuelo, quien con el nieto en las rodillas, año tras año, obediente, repetía la historia del viaje a Estocolmo, hasta que a finales de los años cuarenta el *ictus* lo golpeó y la leyenda quedó reducida a balbuceos.

El nieto se encariñó sobre todo con el *regreso del zorro cruzado*. ¡El exitoso zorro se mostraba humilde y retornó al pueblo! P. W. había inculcado, con especial empeño, en la mente del niño, el hecho de que ¡el zorro ganador *había retornado*! Eso de ¡los estocolmienses! ¡y la Reina! *no* podía compararse a la vuelta con los

suyos. Después de haber *contado la histolia del zollo*, el abuelo y el nieto solían salir al aire libre, a fin de contemplar, detrás del retrete, la obra de arte que no se había sacrificado para convertirse en piel, sino que seguía circulando por ahí vivo y coleando como la casi bíblica «parábola del zorro cruzado».

A veces, el abuelo entonaba un trozo de algún salmo, a menudo el bastante sombrío, pero fácil de cantar, *Ay, cabeza herida y sangrante*, que sabían que atraería al zorro, y ¡efectivamente! Al principio el animal los observaba quieto, sentado dentro del cercado que había detrás del retrete, pero, cuando el abuelo entonó al unísono «Ay, ca...», con voz plañidera, que era la apropiada para el «Ay, ca...», el animal se acercó y les dirigió una mirada escrutadora. Y entonces, de repente, comprendió lo que el zorro quería de él.

El que había hecho el gran viaje, el zorro de P. W., quería transmitirle un mensaje. El Elof murió, de improviso, cataplún, y ya no era el poeta elegido ni el predicador. Ahora le tocaba a Per Ola.

Él era el elegido. Un poco como Jesucristo, en realidad. Y eso era grande. Y así quedó condenado Per Ola.

¿No resultaba, por cierto, amedrentadora la celeridad con la que en los primeros años del siglo XXI llegó a parecerse a los viejos de la familia, mucho después de que estos hubieran ascendido a los cielos?

¿Qué eran esos genes que lo gobernaban? ¿O había alguien, más allá de las galaxias, donde solo llegaba Flash Gordon, que lo dirigía a él, y a ellos, como si la vida fuese un trineo tirado por perros? ¿Era libre en realidad?

Le ocurría, ya de viejo, que se quedaba mucho tiempo delante del espejo observando cómo su labio inferior se asemejaba cada vez más a ese tembloroso labio que su querida tía Elsa había tenido antes de morir. Llegó a los noventa y dos años. El tembloroso labio inferior le pertenecía a ella, pero ahora era suyo.

¿Qué había pasado?

Parecía compuesto por fragmentos de cuerpos que había en la familia. Como el monstruo de Frankenstein, pero sin que se viera por dónde iban las coseduras.

¿De dónde le venía la idea? ¡Que él era el zorro cruzado! ¡Y debía *portar el mensaje*!

No era de extrañar que el labio inferior le temblara. En la Libreta de trabajo son recurrentes las anotaciones acerca de *la culpa por lo escrito pero sobre todo por lo no escrito, lo que no podía ponerse por escrito*. A eso pertenecía la parábola sobre la redención in extremis de Siklund por medio de la muerte del gato y su posterior resurrección.

El hecho de que él escribiera, o predicara, tal y como lo había expresado el zorro cruzado, o sea, al principio de forma muy mundana durante muchos años, pero después de modo encubierto, orientado hacia lo espiritual, aunque fingiese una actitud burlona para no tener que avergonzarse; el hecho de que escribiera no solo significaba que transmitía un mensaje, como si fuese un zorro cruzado elegido, alcanzado, a su pesar, por la llamada de Jesucristo para divulgar obras de arte entre los paganos.

También se trataba de *la responsabilidad*. Por lo excluido.

Aquello estalló con la mayor de las virulencias un día de otoño de 1977 cuando se enteró de que Siklund se había quitado la vida, ahogándose con una bolsa de plástico en el manicomio. Y diez años más tarde usó esa parábola como una súplica a gritos para lograr su redención de la bebida, ¡aunque en vano!, ¡y lleno de vergüenza!

No fue la única vez. Pero sí la peor. Las otras veces solo daban que pensar.

¡Aunque sumándolo todo! ¡Entonces, en verdad, uno no tenía más remedio que sobreponerse!

En su día escribió una pieza de teatro sobre el legendario líder comunista danés, Aksel Larsen, que acabó siendo un traidor, y cómo *la convicción de este se fue desmoronando*. Cómo el

fundamentalismo comunista se derrumbó, desde dentro. Al final, a Larsen no le quedó otra que refugiarse en la anticuada palabra «conciencia». ¿Y tuvo el coraje de hacerlo? ¡No! La cáscara fundamentalista, que él, por su parte, conocía tan bien de la casa de oración del pueblo, había servido de coraza; ahora estaba libre y desnudo, y se sentía solo. Y soplaba un viento bastante frío.

Él mismo dirigió la obra para la televisión. ¡Qué maravilla poder trabajar en equipo! Muy lejos del habitual aislamiento al que se exponía un predicador del norte cuando escribía. Los actores Josephson, Granhagen y Wollter fueron en el sentido bíblico tan auténticos ante sus trozos de texto como si, ¡de verdad!, *hubieran visto la luz* y recibido la gracia divina. Una época bendecida con ensayos y rodaje.

Al principio tuvo miedo de la responsabilidad que suponía dirigir, como un intercesor, y espiritualmente hablando se había puesto a temblar, más tarde fue capaz de sobreponerse.

Todo habría sido *de lo más positivo* si no hubiera recibido, cuando los aparatos televisores irradiaron la obra, de un hombre en Norsjö, calle Tallstigen, 12, si la memoria no le fallaba, una carta que elogiaba la representación. Que hablaba de lo mucho que había significado para él, y de cómo había cambiado su vida.

Fue como el bastonazo que te llevas cuando te quedas dormido en misa. El hombre *se había entregado en espíritu a ese Enquist*.

Supuso un mazazo. ¡Para Enquist!

El hombre vivía en un pequeño pueblo y pertenecía a los Testigos de Jehová. No solo él, sino también su mujer y sus hijos. Y los Testigos de Jehová eran una congregación bastante estricta, y con gran fortaleza de fe. Nada se cuestionaba, y no se abandonaba la comunidad impunemente. Y el hombre que escribió aquella carta había visto esa obra de teatro sobre el colapso del fundamentalismo comunista, y había empezado a cavilar sobre su propio credo, y sobre la congregación, y el fundamentalismo que reinaba en ella. ¿No se trataba de un comportamiento sectario que prescindía de la razón?

Y de la conciencia.

¿Debería ese hombre anteponer ahora su conciencia? ¿A su convicción religiosa ya establecida? Además, era bien conocido que el autor de la pieza dramática había formado parte del movimiento evangélico del despertar religioso en su juventud, y había sido un devoto creyente: un hombre, por tanto, que no había sido mudo en su fe. Sino más bien de una fe desbordante. Y había pasado algún que otro mes después de que el aparato televisivo irradiara la obra, y el hombre de Norsjö, entre oraciones y suspiros, había deliberado, y se había armado de valor para contarle a la congregación que había visto una pieza sobre el fundamentalismo y la conciencia, y que la había escrito el unánimemente respetado escritor. Y que ahora su conciencia le había llevado a reflexionar.

La razón le había dictado que hasta ese momento había vivido en una secta, pero ahora quería decir no, se acabó. Y lo expulsaron, tanto de la congregación como de la familia. Esposa, padres e hijos. Y se vio obligado a abandonar su casa, prácticamente sin un céntimo en el bolsillo.

Ahora vivía solo. En Estocolmo.

Toda su vida se había hecho añicos, pero estaba en paz con su conciencia.

Aunque se sentía un poco solo. Pero todo se debía a esa obra dramática que lo había impresionado tanto, y quería dar las gracias por haber sido iluminado. Y por haber conseguido estar en paz con su conciencia. Aunque lo cierto era que su vida privada le resultaba algo solitaria. Había abandonado la fe, y todos los que antes lo habían querido lo habían abandonado. Se había, por decirlo de alguna manera, entregado a la razón.

A ese escritor tan unánimemente respetado le había costado dormir la noche siguiente. Uno tiene una responsabilidad sobre lo que escribe, esa es la teoría abrazada por todos en general. Pero, además, tenía una responsabilidad sobre *la vida de otra persona*, una existencia que ahora se vivía... ¡en pureza! Pero entre añicos. El hombre de Norsjö, probablemente de la calle Tallstigen, 12,

dirección que debía de ser la de antes de mudarse, había asumido las consecuencias de una obra teatral. ¡Que encima, era la suya!

Él había predicado. Sin duda. Y un hombre de la congregación de Norsjö se había entregado. ¿No era así como debía ser? Aunque, en realidad, ¿no había *tumbado de un empujón* al hombre de Tallstigen, 12, dirección anterior a la mudanza? ¿Haciéndole infeliz? ¿Sincero, pero destrozado? ¿Habría habido acaso una respuesta a esa pregunta si, por su parte, hubiese concluido la formación prevista de predicador dentro de la Fundación Evangélica en Johannelund, carrera que, dicho sea de paso, nunca llegó a empezar?

Como no estaba seguro de qué decir, y se sentía incómodo ante esta nueva responsabilidad, no contestó a la carta.

Pero ¿no era eso lo que suponía *hacer literatura*? ¿Y que había llevado a la Madre a estar a punto de quemar el cuaderno? ¡Y el hombre de los Testigos de Jehová se había entregado a la razón, a petición de ese Enquist, quien yacía en la ambulancia, jadeando como un perro viejo mientras intentaba convencer al Salvador de *que lo devolviera a la vida*! ¡Uno se queda atónito!

Pero peor fue lo del chico Siklund en el manicomio. El gato que murió, y resucitó, y luego el Chico murió y ascendió a los cielos, y *el milagro fue posible*. Cuando escribía sobre eso había pensado, de hecho, ¡que el milagro era posible! ¡También para él! Como una cuba, con manos temblorosas, había rezado pidiendo un milagro. ¡Y en la obra de teatro quiso profesar esa fe!

Afirmando que la resurrección también era posible para el borrachuzo en París.

Es que cuando escribía estaba borracho y desesperado. Y entonces el Salvador era el único refugio. Y terminó *La hora del lince*, y volvió a redimirse. Como un pobrecillo se acurrucó a los pies de Jesucristo pidiendo clemencia. Aunque a aquel balbuceo religioso se le denominaba teatro.

¡Pero qué pequeño se sentía allí donde reptaba!

Y después llegó Islandia. Pero mucho tiempo antes ocurrió lo de la resurrección del gato, y el milagro. Cosa que sin duda lo avergonzaba, ya que era imposible. Pero, aun así. Y, por fin, alguien que quería contarle el secreto de la Rueda, el Río de la Flecha.

Y la Iluminación, que era el secreto del gato.

Los ataques se sucedían ahora con más frecuencia, sangraba, y de pronto cesaban, y luego el corazón, y luego otra hemorragia en el estómago.

¿Diagnóstico? ¿No debería ya de una vez por todas dejar de dar la murga con lo mismo?

Si el examen de conciencia se llevaba demasiado lejos, uno se volvía orate, como san Agustín. Pero seguramente sería lícito imaginarse la muerte del Padre, *solo como un ejemplo*. Es que tiene que haber sitio para la misericordia también para con los pobres poetas, como el borracho de Sibelius, por ejemplo, ¡esos que no sabían *con seguridad* el secreto sobre sí mismos, pero que *angustiados se permitían intuirlo! y escribirlo*, pero ya basta.

Había algo en el propio proceso de la muerte, o sea, en el del Padre, no en el de los amigos, que lo desconcertaba. Puede que se debiera a las palabras del obituario, el que se publicó en el *Norran*, de que su padre «había ganado lo mejor».

¡Pues en tal caso! ¡Fuera las lamentaciones! ¡Sin duda simplemente se armó de coraje y murió! Y, por tanto, no era más que una pesadilla cuando el Padre, en la foto del teléfono móvil, desamparado, como alguien afectado por un ictus, había intentado pronunciar *palabras y consejos para el hijo*.

Lo apropiado era más bien ese constante ¡Naderías! Que Carlos XII pronunciaba cuando perdía una batalla, o cuando el edecán cayó del caballo con el estómago atravesado por las balas. En esa palabra, sacada del conocido libro *Los Carolinos*^[3] que

había leído y releído muchas veces en su juventud, buscaba refugio en momentos de nerviosismo; momentos en los que uno debía pensar ¡Naderías! Pero ¿qué había pensado el Padre? Aparte de lo que se decía en el *Norran*; además, no se sabía con certeza quién había redactado esas palabras finales, pero podría haber sido la abuela Lova, la cronista del pueblo.

Acabó por gustarle el obituario sobre el Padre. Era puro. No tenía nada de forzado, algo que abundaba en la Libreta de trabajo, esos constantes, aunque temblorosos, *pensamientos alegres*.

Pero a menudo oía, en su propia angustia de fe, el chirriante tono del violín sin tocar. Y en la partitura de su propia octava sinfonía, solo se veían desesperados signos de exclamación, y algún que otro ¡Naderías!

Tiene miedo. Eso es todo.

Sin embargo, solo en una ambulancia moderna, extraordinariamente equipada, conectada vía satélite con el Departamento de Cardiología en Karlstad, uno puede ordenar sus pensamientos en torno a la vida, la muerte, y el deseo sexual.

Fue en la provincia de Värmland donde sintió la atracción.

¿Acaso no acababa de escribir una epístola sobre el movimiento pentecostal y la comunidad herrnhutiana? No obstante, sin reconocer siquiera con una palabra ante la congregación y todos los testigos lo que le había atraído de esas devotas sectas: ¡es decir, la sexualidad! ¡El deseo! Y por eso, en toda su falsedad, cuando aquello ya había pasado, se había sentido extrañamente vacío y extenuado. Pero esa fatiga espiritual, que no procedía de la boca superior del esófago ni de los crecientes trombos en el corazón, que cada vez le funcionaba con mayor lentitud, debía tener otra explicación. ¿No tenía Sibelius una respuesta? Cuando el compositor se disponía a redactar las notas prohibidas se quedó como paralizado, casi desfallecido, y consiguió salvar su vida

únicamente gracias al consumo del maravilloso aguardiente, ¡y luego se lo reprocharon!

¡Uno se queda perplejo!

Aunque... ¿no podía haberse contentado, como la Madre, con orquestrar *Calmado descansa el lago*, donde la segunda voz ya estaba ensayada? ¿En lugar de aproximarse a la muerte con la octava sinfonía hecha añicos, con las pobres notas atrapadas en esos pantalones caídos que llevaba arrastrando en torno a los pies?

¿Precipitado y estúpido? ¡No! Había respondido: *¡¡¡Nones!!!*

Ese era el mensaje de Sibelius. La octava sinfonía debía explicar la naturaleza del amor. ¿Acaso él mismo no había explicado, *de forma casi científica*, la vida sentimental del monstruo bicéfalo Pasqual Pinon, y el enfado de su mujer, María, cuando le fue infiel? ¡Y ella, a modo de venganza por su infidelidad! ¡Como símbolo de la desesperación y la normalidad del matrimonio! ¿acaso ella —que era la cabeza superior que salía de la frente de su marido y que no podía hablar, sino solo mover los labios enmudecida, como si fuera la imagen de un teléfono móvil— no había entonado *una canción maliciosa*?

¿Era esa la representación del amor? Pero ¿cuál? ¿La lenta y suave desesperación, como la segunda voz de *Calmado descansa el lago*, como la mujer de la casa de los Larsson, o los chirriantes gritos de súplica de las notas descartadas en los pantalones caídos de Sibelius?

El tiempo apremiaba. Naderías. No te rindas. *¡Nones!*

Esa era la actitud en los momentos estridentes. Los movimientos de la boca en el teléfono móvil mudos pero explícitos.

¿Culpa del violín? ¿o, en cualquier caso, del arco?

Había, se decía a sí mismo, *parajes de gran belleza natural* en Värmland, junto a la frontera con Noruega.

Todos los días daba la vuelta al lago en bicicleta, y eran diez kilómetros, ¡comprobado! Jadeaba con violencia, pero advertía un

eco dentro de su jadeante cabeza que le resultaba inusitado, que no reconocía; como un tranquilo chirrido, quizá procedente del silencioso violín paternal pero que ahora sonaba solo; no *resonaba como lo podía hacer una trompeta*, más bien se trataba de una fricción algo ansiosa. Intentó verlo como *un mensaje del Padre*, porque ¿qué otra cosa podría ser?

Algunas noches en vela, aquel sonido lo colmaba de una extraña y eufórica excitación, pero solo algunas noches.

Por lo demás, los síntomas eran clarísimos. Le dolía la zona del corazón, pero no se dejó engañar, sino que su propio análisis apuntaba al esófago superior. ¿Acaso su tercera novela, ¡irradiada al público ya a la edad de veintisiete años!, no había acarreado hemorragias en el estómago e intervenciones quirúrgicas conforme a la técnica Billroth 2? ¡Y la operación transcurrió perfectamente! ¡Un paradón impresionante! ¿Acaso no había tenido toda la familia problemas con el estómago? ¿Acaso no existía la expresión «las tripas enquistianas»? ¿Acaso los campesinos västerbottnianos de su familia no habían fallecido de dolores estomacales durante siglos, debilidades heredadas en las barrigas que hacían que algunos directamente, como disparados por un cañón, ascendiesen a los cielos, mientras otros seguían ahí, heridos de bala como cornejas chillonas, pero vivos? ¿Acaso no estaba la enfermedad, más bien intelectual, de *la porfiria* profundamente arraigada en los genes de la familia? Y todos habían llevado la enfermiza tripa enquistiana como una medalla, como algo fuera de lo común. Sus tripas los elevaban a todos *arriba y más allá*, y a veces los había convocado a algo bendito, *fuera de lo común*, aunque con humildad.

Él era uno de ellos. Veía las cosas con perspicacia. No se trataba de ninguna dolencia cardíaca. Era el estómago lo que constituía la maldición familiar, no el corazón.

Fueron una primavera y un verano extraños. Le daba la impresión de que el calor le cubría con una quesera que le dificultaba la respiración; montaba en bicicleta todos los días, se cronometraba. Los tiempos empeoraron poco a poco, pero no se

dejó intimidar: era como si un proceso de decadencia natural lo llevara hacia el centro de los secretos de la tripa enquistiana. Se sentía unido a ella. Pronto todo se consumaría. Dentro de poco se fundiría con sus raíces y sus antepasados, sus estómagos, quizá como superviviente, posiblemente como muerto, pero le daba igual.

El estómago suponía el regreso. Hasta que no se hubiera fundido con las tripas enquistianas, o sea, hasta no haberse sumergido en el Río de la Flecha, no podría comprender la naturaleza del amor.

Por primera vez en mucho tiempo se sentía entero. El dolor era algo lógico. Podía detenerse jadeando en mitad de las cuestas, al cabo de un tiempo al principio de ellas, mientras notaba cómo el dolor cedía poco a poco y se distribuía por el cuerpo, lo cual hacía que subiera la cuesta cada vez más despacio, andando, empujando la bici, y según pasaban los días, la preocupación que mostraban sus allegados le resultaba cada vez más irritante, más ajena a la realidad. Y es que el estómago era su problema, no el corazón; y cuando lo ingresaron a la fuerza durante diez días en el hospital de Karlstad, su análisis era aún más clarividente. Se imaginaba, en su estado cada vez más onírico, apático, que iba a encontrarse con ¡el doctor Hultman!, ¡el asesino del Padre!, ¡y así poder decirle unas cuantas cosas! Era con una sensación de triunfo que advertía, durante la ronda médica diaria, los semblantes desconcertados e indolentes de los médicos cuando les presentaba sus perspicaces análisis (¡el esfínter esofágico!, ¡el esfínter esofágico!): los dolores eran reales, el diagnóstico emitido admirable, ¿acaso no era escritor?, ¿casi poeta?

Y, por tanto, podía hacer caso omiso del trombo de casi cuatro centímetros que luego apareció en su corazón.

Los médicos se habían quedado hechizados por su perspicacia. Pero ¿no veían su deseo secreto de simplemente morir?

¿De escabullirse con tranquilidad?

Los que leían sus libros le escribían a veces, porque creían que él *comprendía* algo. Le pedían ayuda, sin más. ¡Señor, apiádese de mí! ¡dar consejos! ¿él?

Pero, si uno predicaba, tenía que contar, no obstante, con ese malentendido.

Pero ¿no había un tono de guía espiritual en lo que escribía? Distante a la vez que seductor. ¡Y soberbio! Su prédica era humilde, pero, no obstante, vasta como un océano pantanoso, profunda como el lago Hornavan, consumada como la octava de Sibelius, tan ingeniosamente patinada como el edificio de la estación de tren de Bastuträsk antes de su cierre definitivo: su lenguaje se descomponía poco a poco, las palabras se reproducían por sí mismas, ¿acaso no era eso una confirmación? ¡Quema! ¡Quema!

Por lo general, decía que no. Redactaba respuestas breves, esforzándose por ser amable. Este escritor, escribía, no comprende nada de nada, y ahora ando a vueltas con una gran obra, aunque no una novela de amor, que ocupa mi tiempo y no quiero. Pronunciarme.

Todo se reducía a ese *no quiero*.

Mientras algo lo mantuviera ocupado, iba tirando. Pero durante la mayor parte de los años ochenta estuvo, sobre todo, borracho como una cuba. En aquella época le fallaban las respuestas. Así es como recordaba haberse lanzado de cabeza a esa demencial historia con la mujer a la que luego llamaría Lisbeth. Después encubrió y revisó lo sucedido. Introduciendo el amor en una fantasiosa obra de teatro.

¡Otra vez más!

¿Por qué le tenían que enredar? Además, casi siempre estaba bebido. Y se pasaba la mayoría del tiempo durmiendo. Los predicadores, había comprendido, tenían derecho a dormir. El sueño eterno. Aquella vez en 1977 empezó con la llamada telefónica de Lisbeth, y él escuchó y se quedó extrañamente alterado como si aquello fuese un asunto que le concernía, y se vieron.

Aquello con el Chico, Siklund, era raro. Ya sabía, faltaría más, que ese Siklund había entrado en sus libros de una manera

absolutamente enfermiza, considerándose casi un personaje, prestando incluso su nombre de pila. Además, era primo tercero. Y que la tal Lisbeth, con la que había tenido una relación en Uppsala, ahora consideraba a Siklund como parte de su tesis doctoral, y que había una conexión.

Cuando pensaba en Lisbeth, siempre lo hacía *sin la menor esperanza*. Hacía muchos años que la conocía, como *una llama del deseo que nunca se apaga*: precisamente así de chirriantes, y falsas, le salían las metáforas. Siempre que pensaba en ella, las imágenes se descomponían, se quedaban en tonterías. «¡La llama del deseo que nunca se apaga!» ¡Un lenguaje que se descomponía! Era como un cáncer en la escritura. Uno se ponía amarillo y se encogía y moría. Eso pasaba con el lenguaje del deseo; lo invadía una auténtica desesperación al leer lo que convulsivamente había garabateado, y como protesta quería rendirse. Así fue, todo volvió con ella, aunque no se veían nunca, y nunca habían hecho el amor en el sentido del *espacio más íntimo*.

¡Nunca como los herrnhutianos!

Maquinalmente insiste en sus tentativas de escribir una novela de amor.

Durante mucho tiempo pensó que había dado con una explicación de la estructura más profunda del amor en el ejemplo de Søren Kierkegaard y su Regine. Hasta que ese Kierkegaard no se convirtió en un monstruo *al que la amada detestaba*, no pudo ser libre y *escribir con veracidad* sobre su amor por ella.

Ese era el síndrome de Kierkegaard. Estaba hechizado por el pensamiento.

Enfermizo. El carácter que tenía la Libreta de trabajo de cubo de excrementos colocado en ese basurero que en su día fue el islote de Granholmen resultaba cada vez más cómico. El síndrome de Kierkegaard no suponía ni una excusa medianamente creíble. Fragmentos de papel redactados a mano y hechos gurruños.

A años luz de la mujer en el suelo de pino sin nudos.

Él se dice que después de la idea de *O lo uno o lo otro* la cosa se descarrila, más allá de la razón del señor atrapamoscas. Søren y Regine ahora separados, como hermanos siameses después de una operación. Tras la partición en dos, Regine, cuando se cruzaban en el sendero de arena delante de Sortedam Dossering, 25, siempre se inclinaba hacia él y en voz baja le susurraba *We are running out of time!!!*

¿Se puede explicar el amor de esa manera?

Søren se dio cuenta de que se refería al marido. ¡Ojalá se muriera!, susurraba ella. Y Søren sabía que ella odiaba a su marido con tanta intensidad y con ademanes tan conjuradores y plegarias tan sinceras que era un milagro que este aún siguiera con vida. Y al propio Søren solo le quedaba imaginarse su amor después de la muerte del marido, llamado a los cielos por el odio de Regine; que el amor entre Regine y él fuera luego tan vertiginosamente puro que ella en realidad hubiera merecido la recompensa.

O sea, que el marido se desplomara muerto y bien muerto. La recompensa.

Regine al menos se la merecía. La fuerza suplicatoria en su odio asesino, la intensa invocación del Salvador, la sinceridad de sus reclamos al cruzarse con Søren en Sortedam Dossering, todo eso al final llevaría a que se atendieran sus ruegos, de modo que el marido, aquel babeante resto de lo que había sido una persona, se desplomara para siempre en la orilla ulterior del río, y las lágrimas de Regine podrían brotar, alabando al Salvador. Los dos amantes aún vivos serían por fin libres. Kierkegaard había proclamado y había irradiado que eso era el amor.

Pero, entonces, el marido murió. ¡Y nada! ¡nada! quedaba del amor. ¡Vacío! ¡En blanco! ¡Pero Regine, aun así, lo sujetaba fuerte y entonaba una canción maliciosa! ¡como si estuviera encima de su cabeza, cual segunda cabeza de un monstruo bicéfalo, un matrimonio de absoluta normalidad en estado de muerte aparente, de modo que el cálido espacio más íntimo permaneciera cerrado, y

como si el amor estuviera marcado en él, como con un hierro candente en un animal! ¡Y eso puso por escrito! ¡A eso lo llamaría novela de amor! ¡Qué vergüenza!

Y él repite. El amor no se puede comprender nunca. Pero ¿quiénes seríamos si no lo intentáramos?

¿Y cuántos años le quedarían allí junto a la orilla del río?

Pierde el control.

Los problemas aparecen con diferentes disfraces. ¡Hemorragias enormes! ¡Las tripas! ¡Una mujer llamada Lisbeth! ¡Regine!

Tiene miedo, de eso no cabe duda.

En las mañanas gélidas de los años ochenta, da la impresión de que Lisbeth aparece sin cesar, una marca de hierro candente en su carne, pero encubierta. Los textos se asemejan a la octava sinfonía de Sibelius: notas torcidas, la partitura de una vida echada a perder. Excusas ridículas. En la Libreta de trabajo, anotaciones cada vez más alucinatorias. Parece que el desconcierto lo ha dejado apopléjico, ¿habla de la salvación o del deseo? *¿Qué es lo que une una persona a otra? Un nombre, un discreto aroma, una ligera y resplandeciente peste a deseo, todo eso persiste. Atrae y atrapa a otra persona en el pegamento del amor. Aunque, ¿es amor? nadie lo puede comprender, ¡es como el mar para los que viven en el interior y sueñan con la superficie infinita! ¿y de qué hablan? ¡comparan el mar con los pequeños lagos gigantescos de tierra adentro como Hornavan! o el lago donde está el pequeño islote de Granholmen, el que ahora llaman el islote de Maya. Pero aun así la atracción por el mar es enorme, no desaparece, se pega y nada puede quitarla, ninguna anotación, apunte de trabajo o informe aclaratorio. El amor. Aquello que no se les comunica a esos pobres diablos que están allí encerrados en el bosque, cubiertos de vegetación, no, no se les concede, a esos que no consiguen dejar atrás el bosque, a esos que no encuentran las aberturas, aquello que no se abre, como la vida, aquello que quizá permanezca, si él*

*se esfuerza aún unos años, o algún año, ¡algún año solo!,
¿cuántos?*

El tiempo apremia. Se ha quedado atrapado en las tierras interiores. ¿Qué debe hacer? Ya no bebe. Está al borde de la desesperación, no sabe qué hacer. Se sobrepone.

Algún tiempo después, de la Libreta de trabajo. «*Lo más probable es que tú seas el que yo debería ser*».

Va en la ambulancia con la mirada fija en el techo. ¿Es ahora el momento en el que todo ha pasado? ¿Qué era lo que nunca llegó a hacer? ¿De lo que huyó? Igual que un perro, él evita todavía el olor de su propio rastro, lo percibe y se bate en retirada tímidamente, aterrorizado ante el olor que aún no se ha debilitado, la ambulancia avanza muy rápido, pronto despegará. ¡Como un albatros! Ingresó en el hospital con total tranquilidad en el mes de julio, todos los análisis apuntaban a unas verdades inescrutables, nadie entendía nada.

¿Por qué estaba tan tranquilo? En febrero de 1990 le habían regalado otra vida, se sentía ligero, liberado, cada año un regalo, incomprensible la ligereza de la vida. Y ahora, solo cinco años más tarde, ya le daba todo igual. Enredado en cables y herramientas de medición no deseaba más que dormir. Los latidos de su corazón cada vez más lentos, todo se iba frenando, ya le daba igual.

Lo operaron, penetraron en su corazón, y los latidos recuperaron el ritmo. ¿Era eso lo que era la vida?

La indiferencia hacia la vida es un pecado capital. Ahí está. Ahora el perro atrapó el olor de su propio rastro.

¡Venga, corre! ¡Corre!